

Francia, le daba momentáneamente la ilusión de la patria perdida.

Era el afecto, y no la política, el que inspiraba, por regla general, aquellas peregrinaciones hacia los desterrados. Sin embargo, de vez en cuando se presentaban visitas más graves: amigos sin duda, pero negociadores al mismo tiempo. Entonces las entrevistas se prolongaban con desusada preocupación. Aquellos viajeros eran los mensajeros de la  *fusión*.

Definimos en otra obra (1) esta combinación que, mediante la reconciliación del conde de Chambord con los príncipes de Orleans, había de reanudar la tradición real y restablecer, en provecho de la autoridad y de la libertad, la unidad en la casa de Francia. Dijimos con qué leal simpatía mezclada con incrédula tristeza el anciano rey Luis Felipe acogió, en 1849, las primeras proposiciones. En 1851, el conde de Chambord, en una admirable carta á Berryer, pareció preparar y proclamar en cierto modo la próxima unión: los negociadores tropezaron luego con dificultades en el momento de ir á conseguir su objeto. Este era tan noble y los resultados podían ser tan fecundos, que, á pesar del fracaso, renacieron las esperanzas. Los hombres de Estado, los pensadores más eminentes, tales como Guizot y Tocqueville, deseaban ardientemente la reconciliación de ambas familias; Changarnier veía en ella la única garantía de restauración monárquica; Lamoricière, aunque en las lindes del partido republicano, la deseaba también. Un hombre excelente en quien varios defectos eran compensados por raras cualidades de corazón, el señor de Salvandy, se había constituido en propagandista de la  *fusión*, é iba predicándola de castillo en castillo por toda Francia. Pero habían de resultar necesariamente vanos sus esfuerzos, si los príncipes no encontraban un sólido terreno de inteligencia. A pesar de ciertas reservas, no podía dudarse de las buenas disposiciones generales del conde de Chambord. En 25 de junio de 1853 escribió al duque de Levis: «No conozco ninguna dificultad de situación que no pueda ser vencida decorosamente por todos (2).» Algunos días después escribió al general Changarnier: «Aunque mis primeros pasos hayan sido hasta ahora infructuosos, mis sentimientos no han cambiado. El día en que los príncipes de Orleans comprendan lo que les prescriben su deber y su interés bien entendido, lo mismo que el del país, me encontrarán dispuesto á tenderles la mano, sin pedirles más que su leal concurso para la gran obra de regeneración con la cual está ligado nuestro porvenir (3).»

En la dinastía de Orleans había un príncipe que parecía el órgano natural de su familia; este era el duque de Nemours, el más monárquico de los hijos del rey, el más apegado á la tradición, el primogénito, además, de Luis Felipe. A fines de 1853 fué á Frohsdorf. Corrió el rumor de que se había sellado la reconciliación, y las cartas del propio conde de Chambord confirmaron la buena noticia. En 26 de enero de 1854 éste escribió al general Changarnier: «Nadie ha trabajado con tanto

(1) *Historia de la segunda República francesa*, libro XVII, capítulo III (tomo X de la presente obra).

(2) *Correspondance de M. le comte de Chambord*, pág. 138.

(3) El conde de Chambord al general Changarnier, 10 de julio de 1853 (*Changarnier*, por el conde de Antioche, pág. 361).

celo y perseverancia como vos en preparar y traer el feliz acontecimiento de que se alegran todos los franceses verdaderamente amantes del país. Es, pues, para mí un deber y un placer el asociaros uno de los primeros á la satisfacción que me ha proporcionado la visita de mi primo el duque de Nemours. Me alegro de saber, por lo que comunicáis al duque de Levis, que vuestros informes concuerdan con los míos y que en toda Francia acogen la reconciliación de la familia real como una esperanza y una garantía de seguridad para el porvenir de nuestra querida patria (4).»

La realidad no correspondió á estas esperanzas. Cuando se entró en detalles, reaparecieron los resentimientos y se cayó en la cuenta de que nada se había hecho. En 1856, el conde de Chambord y el duque de Nemours volvieron á encontrarse en Nervi, pero sin que las ideas generales de reconciliación pudiesen traducirse en acuerdo positivo. Deseoso de no prolongar el equívoco, los príncipes quisieron marcar sus disenti-mientos y formular en cierto modo las condiciones de su unión. En contestación á sus cartas, el conde de Chambord escribió en 5 de febrero de 1857 al duque de Nemours:

*Primo mío. He leído vuestra carta con un profundo sentimiento de tristeza y de pesar. Pensaba que habíamos comprendido de la misma manera la reconciliación realizada entre nosotros pronto hará cuatro años. Aquel restablecimiento de nuestras relaciones políticas y de familia, al mismo tiempo que era grato á mi corazón, parecía á mi juicio una garantía de salud para Francia y una de las más firmes seguridades para su porvenir. Para justificar mi esperanza, para hacer nuestra unión eficaz y digna á la vez, no se necesitaban más que dos cosas que eran muy fáciles: estar por una y otra parte igualmente convencidos de la necesidad de vivir unidos, y tener una confianza igualmente firme en nuestros mutuos sentimientos.*

*No he dudado de vuestra abnegación por los principios monárquicos; nadie puede poner en duda mi apego á Francia, mi respeto por su gloria, mi deseo de su grandeza y de su libertad. Experimento una simpática gratitud por todo lo que, en todas épocas, se ha hecho por ella de bueno, útil y grande. Como no he cesado de decirlo, créi siempre y creo todavía en la inoportunidad de determinar hoy, y antes del momento en que la Providencia me imponga este deber, ciertas cuestiones que resolverán los intereses y las aspiraciones de nuestra patria. No es lejos de Francia y sin la Francia como se puede disponer de ella.*

*No por eso dejo de conservar mi convicción profunda de que en la unión de nuestra casa y en los esfuerzos comunes de todos los defensores de las instituciones monárquicas, Francia encontrará un día su salvación. Las más dolorosas contrariedades no alterarán mi fe.*

¿Qué disenti-mientos eran aquellos que hacían vanos los patrióticos esfuerzos de los monárquicos más fieles? Los obstáculos eran de naturaleza muy diversa, y los agravaban las susceptibilidades recíprocas. El conde de Chambord se consideraba como un jefe de familia que

(4) *Vie du général Changarnier*, por el conde de Antische, página 364.

recibe un acto de sumisión; rindiendo este homenaje á su rango, lo hubiera concedido todo muy gustoso; pero quería este homenaje, y lo quería sin reserva alguna, y aún más que él lo querían las personas de su intimidad: los príncipes de Orleans se consideraban, por el contrario, como negociadores que después de una larga rivalidad iban á arreglar los términos de una transacción. Por una y otra parte, el lenguaje de los cortesanos (pues los tiene el destierro lo mismo que el trono) acentuaba la divergencia; lo que el conde de Chambord daba á comprender con afable bondad, sus amigos, á veces poco inteligentes, lo marcaban con una altivez ofensiva: de ahí expresiones que se repetían, habladurías infinitas que ocasionaban represalias, y, finalmente, una separación cada vez más acentuada entre almas nobles hechas para unirse. En materia de gobierno, en Frohsdorf querían á poca diferencia lo mismo que el conde de Orleans, pero lo querían con un espíritu algo diferente: como sus parientes, el conde de Chambord quería el régimen representativo, pero más bien como merced que en forma de constitución; como ellos, quería la libertad, pero con un programa teórico que quizás hubiera hecho impopular la libertad misma. Además, el conde de Chambord, por respeto á sus antepasados, quería conservar la bandera blanca, mientras que los príncipes de Orleans, por respeto á su padre y en memoria de su vida militar, querían por insignia la bandera tricolor; y la obstinación, por una y otra parte, parecía tanto más legítima, cuanto que se fundaba en el respeto de los antepasados y el patriotismo. En fin, no reinaba en Claremont la unidad de miras: el duque de Nemours deseaba la reconciliación; los demás príncipes se prestaban á ella de mala gana, con indiferencia ó con un mediocre deseo de que se realizara; la duquesa de Orleans se mostraba cuidadosa de mantener lo que consideraba como el derecho de sus hijos. Tal era el estado de las negociaciones cuando el conde de Chambord envió su carta, carta digna, algo triste, como la que entre personas cortesanas, destinadas á volverse á ver y desear de no enemistarse, terminara negociaciones matrimoniales. ¿Era una ruptura? No tanto como eso, pero sí un aplazamiento indefinido.

## V

La unión es la indispensable necesidad de los débiles. Aislados, los partidos que acabamos de describir se hallaban reducidos á una impotencia próxima al aniquilamiento. Reuniendo sus elementos mejores y más homogéneos, hubieran podido soñar en una especie de *pequeña Fronda*, no muy temible, pero sin embargo incómoda. Legitimistas parlamentarios, orleanistas, católicos liberales, republicanos constitucionales, todos se ligaron más bien por instinto que por acuerdo premeditado. Procedentes de puntos distintos, consideraron que, según la frase de Salustio, la comunidad de simpatías y de repugnancias es el verdadero fundamento de la amistad. Conviene hablar del grupo de esos hombres que se trazaron un camino tan lejos del poder como de las facciones y atravesaron el Imperio sin intervenir en él.

Eran poco numerosos, pues formaban, no un partido, sino la quinta esencia de todos los partidos. Sí hu-

biesen buscado adeptos más allá del círculo estrecho de sus buenas relaciones, pronto hubieran estallado las divergencias, y el débil lazo que mantenía la armonía se hubiera roto. Además, si hubiesen sido tumultuosos, el rigor de las leyes no los hubiese tolerado y hubieran sido dispersados por la fuerza.

Casi todos gozaban de gran fama por su nombre, por su talento, por su fortuna ó por su virtud. Se llamaban Guizot, Broglie, Molé, Thiers y habían dirigido los asuntos del país. Se llamaban Berryer ó Montalembert y habían marcado en nuestra historia parlamentaria una huella indeleble. En una esfera más modesta, perseguían con un ardor infatigable el mejoramiento de las cosas populares; tales aparecían Cochin, Corcelle y Mel-lín, raros tipos de hombría de bien. Otros, como Villémain, Cousin, Saint-Marc-Girardin, Remusat y Vitet, eran el honor de la filosofía, de la crítica y de las letras. Las letras ¿no eran el patrimonio común? Todos recordaban, por algún parecido, á Cicerón en su retiro de Túsculo, y los graves y nobles estudios que habían preparado su juventud para la vida pública eran, en el declive de su fortuna, el consuelo de su desgracia.

Aquella *gente honrada*, como se los hubiera llamado en el siglo XVII, no solamente no eran nada, sino que se hallaban casi fatalmente condenados al ostracismo. Ajenos al gobierno, hubieran sido igualmente rechazados por el pueblo, de modo que parecían doblemente vencidos. Y es que simbolizaban el eclecticismo, es decir, lo que menos comprende la democracia. Representaban matices, mientras que el sufragio universal no ve más que colores, y de estos los más vivos. Se relacionaban con la política parlamentaria, con la legitimidad, con el orleanismo, con el catolicismo, con la Universidad, con la beneficencia: algunos de ellos se extraviaban hasta las fronteras de la República. Bajo tan múltiples aspectos, difíciles de discernir, para unos eran clericales, para otros revolucionarios, y peligraban sucumbir bajo reproches contradictorios. El Imperio sabía la precaria situación de sus adversarios. Se contentaba con tratarlos de aristócratas ó de orleanistas; luego les reprochaba desdeñosamente el haber dejado caer las monarquías á las cuales habían servido.

Si se les quiere designar por su verdadero nombre, hay que llamarlos *liberales*. En sus salones guardaban la antorcha de la libertad, impidiendo que se apagara bajo la doble corriente del Imperio autoritario ó de la democracia servil. Amaban la libertad por gusto, por tradición de juventud, por esa natural repugnancia que toda alma noble siente por la servidumbre. La amaban también por previsión. Muchos de ellos habían conocido á Napoleón: varios de ellos habían formado parte de sus consejos. Y presentían que nada hay tan peligroso como un flemático que, sistemáticamente, persigue con tranquila obstinación una idea falsa ó funesta. «Es un monstruo,» decía en cierta ocasión uno de ellos hablando de Napoleón. Y como su frase pareciese escandalizar á los que la oyeron, añadió: «Entiéndase un monstruo en el sentido latino, *monstrum*, es decir, un ser inexplicable del cual todo puede esperarse sin medida, el mal como el bien.» En tal acepción, la frase era profunda: Napoleón era un monstruo enigmático, un monstruo bastante parecido á aquel caballo de Troya del cual no se sabía qué llevaba en las entrañas.

Excluidos de la vida militante, aquellos vencidos de la política buscaban por todas partes la imagen de lo que antiguamente les había apasionado. Se les veía en el Palacio de Justicia los días de grande audiencia, cuando Dufaure ó Berryer combatían por el derecho. Se les veía en torno del púlpito del Padre Lacordaire cuando, á raros intervalos, el ilustre fraile, fiel al partido liberal, reaparecía en París. Reuníanse por la noche con frecuencia y afectaban una austeridad que contrastaba con los esplendores oficiales. A menudo acudían á las reuniones antiguos amigos, pero pasados al Imperio; y eran acogidos con murmullos, con cambios de miradas escandalizadas y hasta con accesos de indignación. Cuando ningún importuno turbaba las conversaciones, éstas eran verdaderamente interesantes y salpicadas de epigramas. El secreto no era tan absoluto que estos epigramas no se trasluciesen: de vez en cuando, algún corresponsal de periódicos extranjeros se encontraba á punto para recogerlos de paso; entonces daban la vuelta á Europa, para volver á Francia en forma de fruto prohibido.

La antigua Fronda empezó por frases de ingenio y acabó por complots. No era difícil prever que la nueva Fronda no iría tan lejos. Los liberales parlamentarios no tenían los defectos ni las cualidades de los conspiradores, y además ¿por quién habían de conspirar? Sin embargo, durante el verano, tenían en el campo aristocráticos conciliábulos. Estos se celebraban con frecuencia en Augerville, en casa de Berryer, donde se reunían Montalembert, Falloux, Thiers, Salvandy, Vitet y Dupanloup. Hacían toda clase de comentarios sobre el pasado; Thiers refería el advenimiento de Luis Felipe al trono; Berryer las ilusiones de Carlos X y de Polignac (1); trataban de penetrar lo porvenir y de trazarse una línea de conducta: pero ¿qué hacer cuando se tenía en contra el gobierno, la administración, la prensa y, sobre todo, el sufragio universal? A veces era Falloux quien, en su posesión de Bourg-d'Iré, tenía por huéspedes á Montalembert, al príncipe Alberto de Broglie, á Melín y á Resseguier. La policía local no dejaba de denunciar la reunión de tantos personajes notables: «La bandera de la fusión ondea sobre Bourg-d'Iré,» escribía enfáticamente el procurador imperial de Segré (2). La fusión ¡ay! adelantaba poco, y el gobierno no perdía un sufragio.

«Todos los hombres de talento, escribía entonces uno de los testigos más atentos de aquella época, tienen ocios infinitos (3).» La afición á las letras ayudaba á ocupar aquellos largos ocios. Guizot terminaba su historia de la *Revolución de Inglaterra* y empezaba á reunir los elementos de sus *Memorias*. Thiers continuaba la *Historia del Imperio*. En su retiro rural, en el fondo de la Normandía, Tocqueville componía su hermoso libro sobre el *Antiguo Régimen y la Revolución*. Duviergier de Hauranne escribía los anales del gobierno parlamentario. Remusat cincelaba admirables artículos. Montalembert publicaba el *Porvenir político de Inglaterra*, elocuente apología de la libertad aristocrática. Sin embargo, los libros estaban sujetos á muchas tra-

(1) Véase M. de Falloux, *L'Evêque d'Orléans*, págs. 112-115.  
(2) M. de Falloux, *Mémoires*, tomo II, pág. 246.  
(3) M. Doudan, *Correspondance*. (Carta de 26 de octubre de 1853, tomo II, pág. 403.)

bas y el pensamiento se veía obligado á velarse. En cuanto á la conversación, aunque esmaltada de frases intencionadas y chispeantes, era demasiado fugaz para contentarse con ella. Los liberales vertían en extensas cartas todas sus tristezas, todas sus amarguras y todas sus iras contra los antiguos aliados que los habían abandonado. Estas cartas corrían de mano en mano, se pagaban en copias, se leían y comentaban en los grupos de amigos. La administración de correos, aunque con frecuencia diese más pruebas de curiosidad que de exactitud, generalmente las dejaba pasar. Eran documentos privados, pero que se extraviaban como por casualidad, y de bolsillo en bolsillo llegaban á una publicidad restringida. El expediente pareció ingenioso para desahogarse, estimular la constancia y condenar las defecciones. Aquellas costumbres epistolares fueron el origen de una querrela que hizo mucho ruido y caldeó hasta la tibia atmósfera del Cuerpo legislativo.

En agosto de 1853 Montalembert recibió á Dupin en su castillo de La Roche-en-Breny. Cuéntase que, durante algunos días, los dos ilustres académicos no cesaron de burlarse del nuevo Imperio. Sin embargo, Dupin, hombre de más talento que de carácter, acechaba ya la ocasión de una oportuna adhesión. Un mes después, encontrándose en su país natal, pronunció en el comicio agrícola de Corbigny un discurso muy desdenoso para los antiguos partidos, sobre todo para los legitimistas, y esmaltado, en cambio, de hábiles elogios para la persona del emperador. Las secretas intenciones de Dupin explicaban aquel lenguaje. Lo que se explica menos es que enviase á La Roche-en-Breny un ejemplar de su arenga y manifestase á su huésped que sentía no haberle visto en Corbigny. La virtud dominante de Montalembert no era la paciencia. Adherido un instante á la política del golpe de Estado, la había desaprobado con tanta mayor prontitud cuanto mayor era su deseo de volver á ocupar su puesto entre los parlamentarios. Tenía además formas de desprecio admirables para todo lo que le parecía digno de desprecio. Con una pluma que no sabía fingir escribió á Dupin, y con una mezcla de frío desdén y de vehemencia indignada le reprochó lo que él consideraba como una palinodia. Hubiera sido lástima que tan elocuente filípica no fuese conocida más que del destinatario, poco dispuesto, sin duda, á divulgarla. Montalembert se había quedado con el borrador de su carta; la comunicó á un amigo que la copió y, á su vez, la comunicó á otros amigos. De copia en copia la misiva llegó hasta Bélgica; fué publicada en diciembre por el *Diario de Lieja* y, en marzo de 1854, por *La Independencia belga*.

Puede decirse que hasta entonces no empezó el incidente. El tribunal vió en aquella elocuente invectiva un delito de ofensa al emperador y una excitación al odio contra el gobierno, y presentó á la mesa del Cuerpo legislativo un suplicatorio de procesamiento. Entre los miembros de la Cámara, tan poco acostumbrados á las emociones, la perplejidad fué grande. Por espíritu de sumisión no querían disgustar al soberano; por pundonor les repugnaba entregar un colega á la justicia, tanto más cuanto que este colega se declaraba ajeno á la inserción en los periódicos belgas y se le sabía incapaz de un subterfugio ó de una mentira. Habiéndose pronunciado la comisión contra la autorización para el proce-

samiento, el Sr. de Morny, aunque no era todavía presidente de la Cámara, se interpuso. Convino en que aquella acción judicial era una torpeza y hasta la calificó de *insensates*: sin embargo, añadió, importa evitar al gobierno una derrota que alcanzaría á Napoleón. Después de haber recibido órdenes del emperador, propuso una transacción. En el curso del debate Montalembert negaría haber tomado parte en la publicación de su carta y manifestaría sentir que se le hubiese dado publicidad. En cambio el ministro de la Justicia, puesto en el secreto del arreglo, retiraría la demanda. Por sus declaraciones ante la comisión, creyóse que Montalembert se prestaba á aquella combinación que solucionaría honrosamente y sin escándalo el conflicto.

Pero no sucedió así. Abierto públicamente el debate, el Sr. de Chasseloup-Laubat, en un discurso soberbio, se constituyó en abogado de su ilustre colega, después de lo cual Baroche insistió con alguna dureza sobre el procesamiento, dificultando la declaración que había de seguir. Si fué un lazo, Montalembert, el más fogoso de los hombres, cayó en él, y hasta creo que hubiese sentido mucho no caer. Desde sus primeras palabras marcó su voluntad de decir, aun á costa de un proceso, la verdad toda y de abultar, muy lejos de desmentirla, lo que llamaban su falta. Durante dos horas, ante la Cámara, sucesivamente agitada en medio de murmullos ó muda de asombro, Montalembert repitió y varió bajo todas las formas su pretendido delito. Antes de su discurso su causa podía ganarse; al defenderla la perdió; pues la Cámara, asustada, se apresuró á entregarlo por una inmensa mayoría. Bien es verdad que lo entregó á una justicia sumamente benigna. Montalembert fué interrogado; llegaron después las vacaciones, todo el mundo descansó, incluso el juez de instrucción; finalmente, se sobreesayó la causa y no se habló más del incidente que todo el mundo había olvidado ya: incidente fútil en realidad y que, sin embargo, no es indigno de la historia, porque pinta bien aquella época con sus epigramas á puerta cerrada, sus malicias mundanas y sus luchas en una pequeña arena, á falta de la grande que estaba cerrada.

En su desgracia, los parlamentarios conservaban un periódico y un asilo: el periódico era el *Diario de los Debates* y el asilo el *Instituto*.

A decir verdad, el periódico no era enteramente de su devoción. Otros se mostraron más osados, como *La Gaceta de Francia*, órgano especial de los legitimistas, y más tarde el *Correspondant*, revista á la cual se dirigieron de preferencia los más católicos del grupo. Hasta con sus tímideces y sus reservas los *Debates* reflejaban bastante bien, sobre todo respecto á los orleanistas, la nota general. El venerable periódico, en su larga existencia, se había servido de sus prensas, como Prudhomme de su sable, para servir á la monarquía y para combatirla si era preciso. Después del 2 de diciembre, *El Diario de los Debates* se guardó bien de toda temeridad, pues tenía propietarios exigentes y poca afición al martirio; en parte por necesidad y en parte por ingeniosidad de espíritu, imaginó la oposición por preterición, interín llegaba la oposición por alusión. No solamente no combatió, sino que arriesgó de vez en cuando algunos cumplimientos irónicos sobre el «despotismo inteligente.» Cuando fueron confiscados los bienes de

los príncipes de Orleans, guardó silencio, afectando una atención extraordinaria por los apuros ministeriales en que se agitaba entonces Inglaterra. Poco después se permitió censurar la conversión de las rentas; después de lo cual volvió á callarse, como asustado de su audacia. En las altas esferas aquel silencio chocó. Tanto hubiera valido ofrecer al público planas en blanco, lo cual hubiera sido una ironía de efecto. Según se acostumbraba entonces, se llamó á los directores: «¿Por qué no hacéis política?—¿Nos garantizáis la impunidad?» Como nada se podía garantizar, continuó reinando la desconfianza. La redacción literaria en masa fué convocada: Cuvillier-Fleury, Julio Janin, John Lemoine, Laboulay y aquel admirable escritor, muerto prematuramente, que se llamaba Hipólito Rigault. Los trabajos que éstos publicaron pueden citarse como modelos de fina sátira, de alusiones ingeniosas, tan delicadamente matizadas y marcadas con tanta habilidad, que se necesitaba una verdadera iniciación para saborear aquellas deliciosas impertinencias. Andando el tiempo, la timidez se tranquilizó un poco y se buscó un rodeo para recordar al público la libertad proscrita. Si la tribuna había sido abatida en París, permanecía en pie en Londres, Bruselas y Turín. Con un cuidado minucioso fueron reproducidos los debates de las Cámaras inglesas, belgas y piemontesas. Esto llenaba columnas, gustaba al público y disgustaba al gobierno, sin darle ocasión de castigar. ¿Podía éste quejarse de que hablasen de lord Alberdeen ó de lord Palmerston, del caballero de Azeglio ó del Sr. de Cavour? Los redactores del periódico se emanciparon luego gradualmente. Si moría algún parlamentario, lo elogiaban de un modo inusitado, no sólo por lo que había hecho, sino que también por lo que se había negado á aprobar ó absolver. En otras ocasiones recordaban el nombre de los príncipes de Orleans con una brevedad contenida que grababa la emoción sin dejar á los rigores oficiales pretexto alguno para la represión. Las cuestiones de hacienda, economía política y enseñanza proporcionaban materia para algunas críticas moderadas, que la autoridad no podía reprimir sin vejación y que producían tanto más efecto cuanto más raras eran. En fin, el principal redactor del periódico, Sr. de Sacy, hablaba de tan alto que podía hacerlo libremente, y no era fácil alcanzarlo en las regiones serenas en que se cernía su pensamiento. Hacía cuatro años que esto duraba cuando en el viejo caserón de gastada escalera hizo su aparición un joven que lo revolucionó para llenarlo pronto de alegría. Procedía de la Escuela normal, «esa escuela que conduce á todas las carreras sin exceptuar la enseñanza,» había pasado por la Universidad, y no encontrándose allí bastante á sus anchas, había resuelto hacerse periodista. Se llamaba Prévost-Paradol. Este había de crear la oposición por alusión y perfeccionar este género nuevo al extremo de personificarlo de un modo genial. Pero será durante el Imperio liberal que encontraremos en plena boga y podremos estudiar esta figura, una de las más curiosas del reinado.

Por exceso de prudencia ó por rigor extremo de los tiempos, el *Diario de los Debates* no daba, en suma, á los liberales sino una mediana fuerza. Otra cosa sucedió con el *Instituto*. Cuando Enrique IV hubo vencido á los hugonotes, les dejó, por necesidad ó por toleran-

cia, muchas plazas de seguridad. Menos afortunados, los antiguos parlamentarios, proscritos del golpe de Estado, no tenían más que una, el Palacio Mazarino. Justo es decir que se instalaron en este palacio con una prontitud que no se hubiera podido esperar de su edad ni de sus hábitos pacíficos. No sólo abrigaron allí sus antiguos pecados, sino que comprendieron que á la sombra de aquel asilo podrían cometer impunemente algunos nuevos.

Ya en 1852 se había visto á Guizot recibir á Montalembert en la Academia francesa, y el libre coloquio de aquellos dos raros talentos había parecido una protesta contra el silencio impuesto en todas partes. Dos años después, Monseñor Dupanloup entró en la Academia: era uno de los raros prelados que se habían abstenido de toda alabanza al poder, y no es temerario creer que debía su elección no menos á su independencia que á su talento. Poco tiempo después, en 23 de febrero de 1855, la noble compañía recibió á Berryer y, aquel día, fiada en sus antiguos privilegios, se metió de lleno en el dominio de la política. «Yo sé hablar, decía Berryer, pero no sé leer ni escribir.» Reservó á su auditorio la más delicada de las lisonjas ponderando con una insistencia estudiada «la elocuencia que escribe, en detrimento de la que habla.» Cuando, después de un elogio encantador del difunto conde de Saint-Priest, cuyo sillón venía á ocupar, Berryer habló «de las fuerzas de la vida que lo abandonaban;» cuando, aludiendo directamente al parlamento mutilado, señaló con un gesto «el derrumbado teatro de sus labores,» una aprobación cañosa, aunque reprimida, le mostró hasta qué punto interpretaba los pensamientos de su auditorio. Pero aquel teatro de sus antiguas labores ¿se hallaba realmente derrumbado? ¿No se estaba en pleno parlamentarismo? ¿No era el Parlamento que había emigrado al Instituto? Berryer estaba sentado entre sus dos padrinos, Guizot y Montalembert, sus iguales en la elocuencia y los únicos que le pudiesen igualar. Tenía que contestarle Salvandy, el gran autor de la *Fusión*, á quien asistía Villemain. En el salón se hallaban agrupados Molé, Pasquier y Cousin. Hubiérase dicho la verdadera fiesta de la oposición. Todo lo acentuaba, hasta una anécdota que circulaba por lo bajo, provocando toda clase de observaciones maliciosas. Decíase que Berryer prescindiría de la costumbre tradicional que exigía la presentación de cada nuevo académico al soberano inmediatamente después de su recepción. El rumor era exacto. Berryer había escrito al jefe del gabinete del emperador, Sr. Mocquart, rogando que le dispensasen de aquella visita, y Mocquart, en una carta desdenosa y cortés al mismo tiempo, había contestado que «el Sr. Berryer era libre de desobedecer á lo que le prescribía la tradición ó á lo que sus repugnancias le aconsejasen.»

Cuatro meses después entró en la Academia el *Diario de los Debates* en la persona del Sr. de Sacy. El epigrama consistía, no en el nombramiento del Sr. de Sacy, el más grave y el más moderado de los hombres, sino en el hecho de elegir, en una época en que la prensa estaba proscrita, un periodista, y un periodista de un órgano de la oposición, para que formase parte de la docta compañía. Sacy pagó su bienvenida á sus nuevos colegas vengándoles de los reproches ó de los ataques que los cortesanos les prodigaban: luego, en términos

moderados, se quejó de que, en materia de prensa, «el uso hubiese sido reprimido con el abuso, y de que la libertad hubiese tenido que sufrir las leyes hechas para la licencia.» Habló como escribía, y en su discurso se reflejaron todas las altas cualidades de su espíritu: la rectitud, la nobleza natural del pensamiento, el respeto de la lengua llevado hasta el escrúpulo, la proba investigación de la verdad, el desdén de las vulgares ambiciones, cualidades inapreciables que hacían de aquel hombre acabado el tipo del periodista, tipo raro en todas las épocas y con el que hoy nadie se atrevería á soñar, de tal modo nuestra democracia, pedante y grosera y demasiado ocupada para leer, sería incapaz de comprender y apreciar tan severa, tan sencilla y tan delicada perfección.

Encantada de aquella pequeña arena, la Academia se puso á buscar más que nunca á los parlamentarios. En 5 de abril de 1856 recibió al duque de Broglie. Este ignoraba como nadie el arte de fingir. Así es que, lejos de ocultar el sentido de su elección, cuidó de precisar-lo. Después de recordar sus buenos tiempos, en que existía una estrecha alianza entre la política y la literatura, en que los documentos oficiales se elevaban al tono de la historia, el duque añadió: «Yo soy el último producto de aquel libre cambio entre las letras y la política... y el último vestigio de lo que ya no existe.»

El duque de Broglie tenía que hacer el elogio de Saint-Aulaire, «un amigo de cuarenta años,» dijo con emoción, noble como él, literato como él, cristiano como él, como él liberal y como él adicto á la monarquía.

Un elogio de las instituciones consulares y de la obra reparadora del primer Cónsul sirvió como de pasaporte á todas las osadías que siguieron. ¡Y qué osadías para la época! ¡Qué emoción entre el público cuando, después de haber hablado de los golpes de la violencia triunfante, el nuevo académico añadió: «Afortunado del que triunfa en este mundo, afortunado no solamente porque triunfa, sino porque sus faltas se olvidan ó le redundan en mérito!» Al parecer, la frase se refería al tiempo de la Fronda, cuya historia había escrito Saint-Aulaire; pero ¿quién se acordaba de la Fronda?

El elogio de Luis Felipe pareció naturalmente traído por la narración de la vida diplomática de Saint-Aulaire.

Luego siguió un pasaje que resonó como una trompeta en medio del universal silencio. El duque de Broglie seguía hablando de su antecesor, pero con una segunda intención comprendida por el auditorio. «Retirado á la vida privada en 1846, el Sr. de Saint-Aulaire esperaba pasar en paz sus últimos días... La Providencia había dispuesto otra cosa. Lo que Cicerón dijo de Craso y Tácito de Agrícola no podemos decirlo de él. No le fué dado morir á tiempo. Las desgracias prontas á caer sobre los suyos y sobre su patria no le fueron ahorradas. Antes de recibir golpe sobre golpe en lo que más amaba, vió caer aquel gobierno al cual había honrado y servido en la edad madura; vió perecer aquellas instituciones generosas, obra y orgullo de nuestros mejores años. Menos feliz que los dos ilustres romanos, vió el santuario de las leyes sitiado é invadido á mano armada; vió la guerra civil devastar nuestras ciudades; vió á los prohombres del Estado perseguidos, proscritos ó fugitivos.» «Me detengo, señores, añadió gravemente el orador, como para dar más fuerza á la

acusación con la sobriedad de sus palabras. Me detengo; no tengo el derecho ni la intención de continuar. Sería extralimitarme en la misión que me está señalada.»

Lo que consideraba como su misión era exponer con intrepidez los males que las conmociones políticas engendran, «el ingrato olvido del pasado, la indiferencia respecto á los principios, el afán de quemar lo que se adoraba ayer, el ardor de las conversiones y de las nuevas concupiscencias, la sed del oro, del lujo y del reposo.» Su misión consistía sobre todo en levantar los ánimos, y el discurso terminaba con un magnífico *Sursum corda*.

La Academia fué el punto de cita de toda la oposición elegante y letrada que se disputaba las invitaciones y llenaba de bote en bote el salón de actos públicos en cada sesión.

El 26 de marzo de 1857, fué recibido el Sr. de Falloux, otro vencido de la política, encargado de hacer el elogio de su antecesor, el conde Molé, vencido también. Pocos días antes, el palacio Mazarino había sido teatro de un espectáculo singularmente grandioso y conmovedor. El Sr. Biot, que era desde hacía más de medio siglo miembro de la Academia de Ciencias, cargado de años, de honores y de virtudes, había sido recibido en la Academia francesa por Guizot, y había sido una maravilla el oír los discursos de estos dos personajes ilustres, ambos en el ocaso de una larga vida, habiendo escrutado las profundidades de las cosas, éste en la historia y aquél en la naturaleza; Guizot, firme todavía y apenas gastado por la edad; Biot, encorvado bajo el peso de los años, pero dichoso de recibir aquel justo homenaje.

¿Toleraría el gobierno aquella oposición académica que repercutía en los salones y se hacía, si no peligrosa, importuna é incómoda? En abril de 1855, un decreto había confiado al ministro de Instrucción pública la designación de los empleados del Instituto y había creado en la Academia de Ciencias morales una nueva sección compuesta de diez miembros que, por primera vez, serían nombrados por el jefe del Estado. El público vió en dicho decreto una primera advertencia. ¿Seguiría á esta advertencia alguna medida más radical y

una especie de manumisión sobre la noble compañía? Parece cierto que se elaboraron diversos proyectos, si no para destruir la Academia, al menos para suscitarle una rival organizando alguna sociedad literaria más democrática y directamente unida al emperador por el origen y por los favores. Pero no es fácil cambiar lo que los siglos y la costumbre han establecido. Napoleón recordaba esta frase famosa: «Dejadnos al menos la república de las letras.» Tema que un sistema de vejeciones le pusiese algo en ridículo, sin añadir nada á su autoridad real. A los discretos sarcasmos de los académicos, el emperador se contentaba con contestar á su vez con algunos chistes.

En el fondo, y cualquiera que fuese el desagradable brillo de aquellas fiestas oratorias, las represalias hubieran sido superfluas y la tolerancia podía prolongarse. Aquella brillante oposición carecía de todo, de programa, de auxiliares, de medios de acción, de fin determinado; y para vencerla, bastaba dejar que se consumiese en manifestaciones que, á fuerza de repetirse, cansarían la atención. Para ser eficaz, necesitaba encontrar un terreno firme en que todos, liberales parlamentarios, católicos y monárquicos, pudiesen concentrarse. Ese terreno lo encontrarán más tarde, mucho más tarde, en la *cuestión italiana*, en la *cuestión romana*: cuestión inmensa y compleja que reunirá á casi todos aquellos adversarios en una liga común hecha de aprensiones religiosas, de temores patrióticos y de celo por el antiguo derecho público violado. Entonces y sólo entonces todos aquellos grupos aislados se juntarán en un haz y crearán, al lado de la oposición democrática, una verdadera oposición de la derecha; entonces y sólo entonces encontrarán lo que menos podían esperar, un ejército para sostenerlos, el ejército católico. Pero ¿quién hubiera osado prever las complicaciones futuras y su extraordinario desarrollo? ¿Quién hubiera osado, sobre todo, descontar el concurso del ejército católico? Conforme se verá en el siguiente capítulo, el ejército católico entero estaba en aquella época en favor de Napoleón, y á pesar de algunas fluctuaciones pasajeras, nada dejaba adivinar aún que hubiese de separarse de él jamás.